

SOMBRAS

Pseudónimo: Peter Anderson

El sol comenzaba a inclinarse hacia el horizonte, lanzando largas sombras en el árido paisaje del interior del continente australiano. Oliver, con su perro Milo a su lado, se hallaba ante la imponente roca sagrada, una formación abandonada, decorada con antiguas imágenes y misteriosos jeroglíficos. La atmósfera en aquel lugar parecía impregnada de secretos, y la roca parecía esconder un conocimiento ancestral.

Mientras Oliver se sumía en la tarea de descifrar los enigmas que adornaban la piedra, Milo, su leal compañero, aprovechaba la ocasión para jugar y explorar las inmediaciones. Pero, a medida que el sol descendía y las sombras se alargaban, algo peculiar aconteció: cuando la sombra de Milo se proyectó sobre la roca, el perro comenzó a ladrarle.

El conflicto se volvía cada vez más frenético, como si Milo percibiera que aquella sombra no era la suya, sino un intruso. En un repentino y desconcertante giro de los acontecimientos, Milo se abalanzó sobre su propia sombra, y en lugar de chocar contra la superficie, el perro atravesó la sombra, desapareciendo al interior de la roca sagrada.

Oliver, sobresaltado por lo que acababa de presenciar, corrió presa del pánico hacia la roca sagrada, intentando desesperadamente descubrir cómo rescatar a su querida mascota. Al llegar a la roca, Milo emergió repentinamente, saltando desde

lo desconocido y cayendo bruscamente sobre su dueño, quien lo recibió con un abrazo aliviado.

Sin embargo, aquella extraña experiencia no terminaba ahí. Milo llevaba en su hocico algo que parecía un hueso, o más bien, la sombra de un hueso. Lo extraño de esto, era que no era una sombra plana; tenía volumen y textura.

La preocupación se apoderó de Oliver, y se apresuró a quitarle aquel extraño objeto del hocico, temiendo que pudiera ser peligroso. Milo, pensando que aquello era un juego, comenzó a correr velozmente hacia el río.

Cuando finalmente logró alcanzar al perro en un improvisado puente de madera que atravesaba el río, el misterioso objeto se desprendió de la boca de Milo y cayó al agua, hundiéndose en las profundidades.

Mientras sostenía a Milo en sus brazos, Oliver pudo oír el sonido del agua que surgía con fuerza muy cerca de ellos. Al volverse hacia la roca sagrada, quedó estupefacto al contemplar una cascada que se había formado en la roca, con la misma forma que el enigmático objeto que Milo había llevado consigo. Era como si las sombras que se proyectaban sobre la roca estuvieran mágicamente conectadas a ella, y la sombra robada por Milo se había convertido en un pasadizo hacia el interior de la roca.

El agua fluía desde lo alto de la roca, emanando desde aquel mundo paralelo que yacía en las profundidades de la piedra sagrada. Oliver y Milo, abrumados por la magnitud de lo que habían desencadenado, se quedaron allí paralizados observando aquel misterioso evento que desafiaba las leyes de la naturaleza.

Mientras Oliver observaba con asombro, comenzó a observar que además de agua, iban cayendo a través de la cascada decenas de sombras que, una vez que caían, adquirían volumen de la misma manera que el objeto que había tenido Milo en su hocico, la diferencia era que estas eran sombras humanas. Aquellas sombras parecían estar disgustadas. Habían sido forzadas a abandonar su propio mundo inundado por las aguas del río.

Uno de estos seres, al percatarse de la presencia de Oliver y Milo, señaló hacia ellos, convocando al resto de sus semejantes. Los demás avanzaron hacia los dos intrusos, hambrientos de venganza por la intrusión en su refugio.

Oliver, en un estado de pánico absoluto, echó a correr en dirección al pueblo más cercano, pero una de las sombras logró atraparlo, agarrándolo de la pierna. Con patadas y gritos, Oliver luchó desesperadamente por zafarse de la garras de su perseguidor. Milo, su fiel compañero, corrió hacia este extraño ser y hundió sus dientes en el brazo este, el cual emitió un alarido desgarrador antes de desvanecerse en una neblina oscura. Los dos lograron escapar de la persecución implacable de aquellos seres vengativos.

Finalmente, llegaron a un pequeño restaurante en las afueras del pueblo. Oliver, todavía con la adrenalina latente, narró su escalofriante encuentro a quienes estaban allí presentes. Las expresiones de los oyentes eran una combinación de preocupación y temor. Parecía que más de uno había tenido enfrentamientos con aquellos seres en algún momento.

— No podemos huir esta vez — dijo uno de los presentes con un tono grave.

— ¡No podemos permitir que más personas sean atacadas por estos seres! — se sumó otra voz angustiada — Debemos abandonar este lugar de una vez por todas.

— ¿Nos van a matar? — Preguntó Oliver con voz temblorosa, intrigado por la situación y temeroso por su futuro.

— Es peor que eso, joven — dijo el más anciano tomando la palabra con un gesto serio — Estas criaturas se meten en nuestras mentes, alimentándose de nuestros miedos y nuestro dolor. Nos sumergen en pesadillas indescriptibles hasta que finalmente caemos en un abismo de demencia y paranoia. Es un viaje sin retorno. Aquellos que han sido atacados por estos entes vagan en algún oscuro rincón de Australia, atrapados en los pasillos de un hospital psiquiátrico, condenados a un tormento sin fin.

— ¿Qué hacemos si nos atrapan? — preguntó Oliver.

— No dejemos que nos tomen la cabeza — respondió el anciano — Una vez que lo hacen, toman el control de nuestras mentes y nos sumergen en alucinaciones, hasta que quedamos a merced de ellos.

— ¿Qué podemos hacer? — preguntó Oliver, mientras la tensión se apoderaba de la pequeña asamblea.

— Tenemos que cerrar el portal — respondió el anciano con voz grave. — Pero no será sencillo. Una vez que estas sombras cruzan a esta dimensión, no desean regresar al mundo bidimensional. Son sombras atrapadas en el pasado, vestigios de rituales mágicos realizados por antiguas tribus. Cada miembro de la tribu confinaba su propia sombra en la roca sagrada para liberarse del dolor y las

enfermedades, que quedaban atrapados en aquel mundo paralelo, en el interior de la roca.

— ¿Y cómo podemos cerrar el portal? — preguntó otro de los presentes.

— Debemos sacar la sombra que se encuentra sumergida en el agua — explicó el anciano. — De esta forma, el mundo de las sombras dejará de estar inundado. Nuestra única oportunidad es esperar hasta la noche de luna nueva, cuando la oscuridad alcanza su máxima profundidad. Las sombras no pueden existir en la completa oscuridad, ya que necesitan la luz para proyectarse en nuestro mundo.

— Pero nosotros tampoco podremos ver en la oscuridad — dijo Oliver expresando su preocupación.

— Debemos avanzar con linternas, encendiéndolas y apagándolas de manera intermitente, evitando a estos seres, que buscarán atacarnos en los momentos de luz — respondió el anciano. — Caminaremos por el borde del río hacia abajo, sacaremos la sombra sumergida y después, alguien tendrá que entrar al interior de la roca sagrada de la misma forma como lo hizo el perro. Hay que llegar al libro de la vida.

A las nueve de la noche, Oliver se encontraba junto al anciano y dos hombres del pueblo en el punto de reunión. Desde lo alto de una colina, sus vehículos estaban listos, con las luces encendidas, apuntando hacia el río y la roca sagrada. Mientras planeaban su estrategia, las sombras aprovecharon la luz de los vehículos para lanzar un ataque feroz. Los automóviles quedaron completamente destrozados, y los medios de iluminación se extinguieron.

Mientras estos seres destruían los vehículos, Oliver y los otros hombres avanzaron rápidamente en dirección a la roca sagrada. En un momento en que encendieron las linternas, uno de los hombres fue atacado por uno de ellos, quedando inconsciente en el camino. Los tres restantes se movieron con linternas, utilizándolas solo para memorizar el camino y luego avanzar en la oscuridad. Cuando estaban cerca del río, se encontraron con algo inesperado: las sombras habían encendido velas cerca del agua y de la roca sagrada.

"Mientras haya luz, no podemos hacer mucho", murmuró el anciano, y en el silencio de la noche, todos comprendieron que la lucha contra estos entes sería más difícil de lo que habían imaginado.

Mientras el grupo avanzaba a lo largo del río, observaron varios de estos seres apostados río abajo, rodeados de cientos de velas parpadeantes. Cada vez que encendían sus linternas, podían escuchar el susurro de estos seres moviéndose a su alrededor. Eran seres que requerían solo un débil resplandor para cobrar vida. Mientras el anciano y Oliver seguían su peligroso camino río abajo, un grito desgarrador los alertó: el tercer hombre yacía inmóvil junto a una de las sombras, que luego se lanzó hacia ellos sin piedad. Rápidamente, Oliver memorizó el camino antes de apagar la linterna, sintiendo el aliento de este ser sobre su piel. Justo a tiempo, apagó la luz y la sombra desapareció en la oscuridad.

El anciano y Oliver se encontraban a pocos metros de la parte del río donde estaba la sombra sumergida. Se escondieron detrás de un tronco mientras ideaban un plan para llegar al fondo del río y sacar del agua aquel elemento. Mientras observaban,

se dieron cuenta de que tres de estos entes los rodeaban, cada una sosteniendo una vela.

"No tenemos forma de escapar", murmuró Oliver, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de él.

En ese momento, Milo emergió del agua, sorprendiendo a todos.

— Milo, ¿cómo nos seguiste en medio de esta oscuridad? — preguntó Oliver sorprendido.

— Siempre estuvo cerca de nosotros — respondió el anciano.

El perro se abalanzó sobre una de las sombras, y al estar mojado, salpicó agua sobre la vela que sostenía.

— ¡Toma mi gorro! — respondió el anciano — ¡Anda a buscar agua!

El río estaba a unos pasos de distancia, así que mientras su perro luchaba contra estos seres, Oliver corrió a recoger agua en el gorro del anciano. Cuando una de las sombras agarró al perro, Oliver arrojó el agua, apagando las velas restantes. Las sombras retrocedieron, pero no desaparecieron, ya que estaba comenzando a amanecer.

— ¡Hacia la roca! — gritó el anciano — ¡Entra en la roca y destruye el libro! ¡Tendrás que sumergirte en el agua en su interior!

— El libro — repitió Oliver mientras su corazón latía con fuerza.

— ¡Sí, el libro! — respondió el anciano — ¡Pero recuerda, ese libro es el centro del universo!

Oliver se lanzó hacia la roca sagrada, esquivando hábilmente las sombras que se interponían en su camino. A medida que el amanecer iluminaba el paisaje, avanzó hacia el lado de la roca donde los primeros rayos de sol del alba tocaban la piedra. Varios de estos seres intentaban cerrarle el paso, pero con agilidad Oliver escaló un árbol cercano. Desde una rama, se lanzó hacia la roca sagrada. Aunque la sombra del árbol se extendía sobre la roca, Oliver no pudo atravesarla.

Entonces, recordó que Milo había logrado entrar al interior de la roca al lanzarse sobre su propia sombra. Con decisión, se movió fuera de la sombra del árbol y, al verse sobre la suya, se dejó caer al interior de la roca.

Sin embargo, en ese preciso momento, sintió una mano fría que se posó sobre su cabeza. Era una de las sombras que lo había atrapado. Aquel toque parecía ejercer un control sobre su mente. Oliver sabía que si cedía completamente, quedaría atrapado en un estado de demencia.

Con toda la fuerza que le quedaba, se sumergió en el mundo bidimensional que se extendía ante él, resistiendo el poder de la sombra que lo había tocado. En ese extraño lugar, las leyes de la física y la lógica eran totalmente distintas.

Oliver sabía que debía actuar con rapidez y astucia si quería encontrar el libro de la vida y deshacer la maldición de las sombras. Quizás estaba cerca de su objetivo, pero también el efecto de la demencia que había provocado la última sombra se estaba haciendo más evidente.

Oliver buceaba en un mundo completamente extraño, donde todo se reducía a dos dimensiones, incluso él mismo. Mantenerse en el interior de la roca sagrada era un

desafío, ya que las corrientes de agua lo arrastraban, de la misma manera en que las sombras habían sido arrastradas a su mundo. Además, las alucinaciones comenzaban a afectar su mente, dificultando su avance hacia el objetivo. Tenía que nadar contracorriente, sabiendo que en esa dirección encontraría la sombra sumergida en el río.

Se aferró a extraños objetos que encontró en su camino, avanzando contra la corriente mientras luchaba contra las alucinaciones. Finalmente, llegó al punto donde la sombra sumergida se encontraba, donde el agua ingresaba a través de un agujero estrecho. Introdujo su brazo y comenzó a explorar el lecho del río, buscando algo que le ayudara. Después de un rato, sus dedos tocaron una roca pesada. Con esfuerzo, la arrastró hacia el agujero, reduciendo así la cantidad de agua que ingresaba al interior de la roca sagrada.

Una vez que el nivel de agua en la roca comenzó a descender, Oliver se adentró nuevamente en su interior, decidido a encontrar el libro. Sin embargo, se enfrentaba a un dilema. "¿Cómo voy a encontrar un libro en esta dimensión extraña, que además es extensa?", se preguntó.

Miró hacia arriba y vio un cielo estrellado dibujado en la superficie, lleno de estrellas y soles. Recordó las palabras del anciano: "El libro es el centro del Universo". Observó detenidamente el centro de todos los dibujos y vio un libro que irradiaba luz como un sol.

Pensando en cómo alcanzar el libro en las alturas, de repente recordó que aquel mundo no tenía las tres dimensiones a las que estaba acostumbrado, por lo que, al

igual que una sombra comenzó a desplazarse por las superficies interiores de la roca sagrada, avanzando hacia el libro que brillaba en el centro. Al llegar al libro, dibujó un jeroglífico en forma de daga y la tomó con ambas manos, atravesando el libro.

En ese instante, una especie de temporal sacudió aquella dimensión. Extraños gritos llenaron el aire, y cientos de sombras fueron arrastradas hacia el libro, siendo succionadas por una extraña fuerza, como si el libro fuera un agujero negro en el universo.

Cuando el temporal finalmente pasó, Oliver se encontró tendido sobre la roca sagrada. Había sido devuelto a su propio mundo. También sus delirios y estado de demencia habían desaparecido.

Al descender de la roca, se dio cuenta de que no había ninguna inscripción ni jeroglíficos sobre ella, excepto por la figura dibujada del anciano, que logró reconocer por su rostro. Aquel hombre estaba dibujado con una lanza en sus manos y un atuendo de los antiguos nativos de esa zona. En el pecho del anciano estaba escrito en el idioma de estos tiempos que decía:

«El equilibrio ha sido restaurado...Las sombras en su silencio y los hombres en su sabiduría»